las «Autobiografías y memorias de españoles del siglo XX», en donde Moreno Villa repasa y comenta las de Unamuno, Baroja, «Azorín» y Ramón Gómez de la Serna. Su entusiasmo crítico y humano se vuelca con la espléndida *Automoribundia,* de Ramón—y muy justamente a nuestro juicio—, mientras que las memorias de don Pío quedan muy mal paradas. Las juzga abusivas por contener más reflexiones que datos de hechos o de situaciones, y hasta mezquinas, al tomar a un escritor ya muerto, como Salaverría, y «tratarlo como a un pingo a lo largo de un tomo».

El libro contiene otros capítulos igualmente atractivos. Como uno sobre Manuel Machado, interesante no sólo por los juicios sobre su poesía, sino por señalar la influencia de Manuel Machado sobre algunos poetas de la generación de la Dictadura, sobre todo Lorca y Alberti: «Yo no creo que sin Manolo Machado hubieran conseguido Lorca y Alberti la desenvoltura y la emoción gitana que consiguieron. A una gran parte de los poetas andaluces nos sirvió de estímulo. Cuando algún día se haga el recuento de las influencias ejercidas por él y por Juan Ramón en las generaciones que les siguieron, veremos quién se lleva el mejor tanto.»

Otro curioso ensayo contiene el volumen, ensayo de quirosofía o estudio interpretativo de las manos. Las manos que Moreno Villa estudia son las de los escritores mejicanos Alfonso Reyes, Vasconcelos, Octavio Paz, Xavier Villaurrutia, González Martínez y Torres Bodet. Moreno Villa no se contenta con interpretarlas psicológicamente. Las dibuja también sobre el libro.

En fin, las páginas finales están dedicadas a algunas figuras literarias de América, y a cuatro autores españoles del pasado: Tirso, Lope de Rueda, Juan de Valdés y Espronceda. El estudio sobre Tirso es una conferencia leída por Moreno Villa en el Colegio de México, en 1948, y contiene una tesis audaz: que gran parte de la obra dramática de Tirso refleja un complejo suyo de timidez y cobardía. Los estudios sobre Espronceda, Valdés y Lope de Rueda figuraron como prólogos de las ediciones preparadas por el autor para Clásicos Castellanos *La Lectura.*

Trátase, pues, de un libro vivo y vario, lleno de humana y literaria curiosidad. Todas sus páginas poseen interés y vida. Lo que no es poco.

HA MUERTO JARDIEL PONCELA, por *Alfonso Sastre.*

Uno, amigo tardío de Enrique Jardiel Poncela, va a decir algo de él, ahora que ha muerto.

No se trata, ahora, de hacer crítica. No se trata de valorar su teatro. En artículo publicado hace tiempo—y bajo el título «Un teatro sin freno ni marcha atrás»—traté de valorarlo sincera y cumplidamente. «En el momento actual—escribí entonces—, ninguna nación puede presentar un autor cómico de la fuerza, de la originalidad, de la inventiva de Jardiel Poncela.» El teatro de Jardiel,

decía en el mencionado artículo, es un *teatro de embriaguez*, no un *teatro de ensueño*, aunque el ensueño lo recorra a veces humanizándolo; un teatro siempre más cerca del *monstruo* que del *canon;* un teatro dionisíaco, tan lejano, por ejemplo, de los vagos ensueños apolíneos del teatro humorístico inglés. Jardiel Poncela—resumí—tiene asegurada uno cumbre en el plano de un Aristófanes o un Molière.

Esta valoración, que a alguien pudo parecerle apasionada, queda hoy—ante el ciclo definitivamente cerrado de su obra—subrayada y firmada por el autor de este artículo. Pero no se trata ahora, como digo, de juicios críticos, sino de pena y de recuerdo. El amigo ha muerto.

Quien haya asistido, aunque sea como yo, fragmentariamente, al último tiempo de Jardiel, habrá comprobado lo que ha habido de fatal, de irremediable, en su decadencia creadora. Pero el mal no estaba en él; estaba en el «medio» teatral, en la circunstancia que le tocó vivir. La crítica, esta vez, no estaba a la altura de la obra. Y Jardiel—el genial humorista—carecía incluso de la mínima dosis de humor para la lucha. El caso literario de Jardiel es el caso de un hombre terriblemente serio, en pugna con esa broma penosa, chata y egoísta que es la vida teatral española.

Para Jardiel Poncela, la opinión crítica tenía un inmenso valor. En pocos autores como en Jardiel el juicio crítico era acogido con tanta atención y respeto. Naturalmente, el juicio injusto despertaba en él tempestades de indignación, que cuajaban en un ataque que nunca fué otra cosa que legítima defensa. La vida literaria de Jardiel ha sido un prodigio de hipertensión creadora y defensiva.

Ultimamente ya no había nada que hacer. Sus últimos borradores estaban condenados a no ser nunca obras. Me acuerdo del día en que leyó el prólogo de *Oh París, ciudad sirena, que estás siempre junto al Sena*, melodrama—decía él—«traducido del francés después de haberlo aprendido en quince días». La obra estaba destinada a Aurora Redondo y Valeriano León. La lectura fué en un café. Valeriano León reía durante la lectura. Al final, le dijeron que contaban con la obra. Cuando se marcharon, Jardiel hizo un escueto comentario: «No les ha gustado.» Creo que desde entonces no volvió a escribir. Hubo, sí, vagos intentos, insuficientes movimientos de recuperación, desmayados proyectos.

Durante el verano de 1950 me escribió a Avila: «Creo que estoy algo mejor de salud: porque tengo menos fatiga al andar y, sobre todo, porque empiezo a *pensar en escribir* algo teatral.» Me hablaba, en su carta, de una *magia* que había empezado con des-

tino al María Guerrero. Se trataba de una obra titulada *Una gota de éter,* destinada también a quedarse en el borrador. Entre sus ideas estaba la de hacer un drama sobre Napoleón—con tantos cuadros que sería preciso su sistema de escenarios en anillo, al que dedicó tantas horas repartidas entre los dibujos y la maqueta—y una serie de «comedias de los oficios»: la comedia de los abogados, la comedia de los médicos, etc. Entre todos estos proyectos y las notas para su *Sinfonía en mí,* pasaron sus últimas horas de creación y de ensueño.

En el comienzo de aquel otoño de 1950, lo encontré en la terraza de La Elipa. Estaba peor. Su idea de trabajar en «algo teatral» se había desvanecido.

—Estoy—me dijo—mucho peor que la última vez que me viste... Me estoy muriendo de un modo superior a mis medios. Me estoy muriendo a chorros.

Hacía, al expresarse así, un supremo esfuerzo humorístico. Tenía miedo de aquel invierno que se aproximaba, de los primeros fríos.

—¡Estoy terminado!—su voz era un susurro casi imperceptible—. No puedo trabajar... Se me cae la pluma de las manos... Me duelen los ojos... Voy viviendo galvanizado por una droga...

Carmen, su esposa, inmóvil, a su lado, tenía los ojos húmedos. Verdaderamente, Jardiel Poncela había terminado. Desde entonces su vida iba a ser pura supervivencia.

Hay que decir, quizá con un vago acento acusatorio, que Jardiel Poncela no tuvo durante los últimos años muchas alegrías literarias. Su obra se veía menospreciada en los panoramas generales del teatro español contemporáneo. He leído en un artículo de Bartolomé Mostaza, publicado poco antes de la muerte del gran comediógrafo, que la crítica fué con él «roñosa y ciega hasta la estupidez». Esto es cierto. Y no sólo la crítica ocasional de los estrenos, sino hasta la supercrítica ensayística y pretenciosa. El fenómeno Jardiel Poncela—las angustias de su lucha, la fatalidad de su decadencia y las circunstancias de su muerte—es un capítulo de vergüenza en la historia de los escritores españoles. Un escritor de gran dimensión ha muerto en el desamparo y en el olvido. Unos cientos de personas ha habido en su muerte. El bochorno que, como españoles, sentimos ante la desmedida resonancia que tuvo la muerte de un compositor zarzuelero, hemos vuelto a sentirlo ante la pobreza de la manifestación de dolor que ha acompañado a la muerte de Enrique Jardiel Poncela. Quizá sea mejor así. Lo importante no son los datos externos y oficiales del dolor. Lo im-

portante, para el escritor, es la magnitud de la obra que deja y el amor de los amigos. De Jardiel Poncela nos queda el ejemplo de su vida y la magnitud inaccesible de su obra teatral.

CRONICA CENTROAMERICANA DESDE EL SALVADOR

COSTA RICA

La Universidad costarricense tiene, al fin, casa propia. Bueno; pronto la tendrá en pie, ya que ha sido planteada afirmativamente la gestión de venta al Ministerio de Economía y Hacienda, acordándose inmediatamente solicitar la autorización necesaria a la Asamblea Legislativa. Según los últimos informes, el proyecto aprobado consiste en la permuta de los edificios de la Universidad por los de la Corte de Justicia, a fin de vender estos últimos a pública subasta, construyendo con el producto de la venta la gran Ciudad Universitaria, a cuyo efecto han sido cedidos amplios terrenos en San Pedro de Montes de Oca.

* * *

Según las últimas estadísticas, el Departamento de la Habitación de la Caja Costarricense del Seguro Social ha realizado una importante y práctica labor durante el año 1951. El total de las casas construídas por este Departamento estatal asciende a 173, con un gasto en conjunto de 2.247.100 colones. El Departamento de la Habitación ha destinado además la suma de 650.000 colones para préstamos de construcción en las provincias de San José, Cartago, Puntaneras y Guanascate.

* * *

Siguen los datos estadísticos, ahora sobre el analfabetismo en Costa Rica. Según el censo de población de 1950, Costa Rica tiene un total de 21,24 por 100 de analfabetos. En 1927 ascendía al 32,20 por 100. Este cálculo se recogió de grupos de población con edad a partir de los diez años, mientras que las estadísticas recogidas en 1927 se basaron sobre la población a partir de los nueve años. Por provincias, los números declaran que Heredia tiene el más bajo porcentaje (11,72 por 100) y Guanascate el más alto (32,50 por 100).

GUATEMALA

La United Fruit Company está de malas. Sabido es que el gran ciclón del mes de septiembre de 1951 devastó gran parte de las fincas propiedad de la Compañía Bananera. Claro que una empresa tan formidable como la United Fruit Company está al socaire de todo riesgo. Sin embargo, en vista que los negocios en Guatemala, a raíz del ciclón, no le van como quisiera, ha tomado